MI ADORABLE DIABLO

por Mariano Sanz F. de Córdoba

Lo último que deseaba David al regresar aquella tarde a su casa después de asistir al entierro era encontrarse con la presencia de Margarita, la a miga de su mujer que, al parecer, llevaba largo rato departiendo con ella. Por eso, elaboró una frágil excusa y sacó a pasear al perro con la seguridad de que Luisa se desembarazaría rápidamente de la otra mujer. La fugaz presencia de David hizo sospechar a Margarita que su visita no había sido muy oportuna, pero las explicaciones de su amiga disiparon sus temores.

—¿Algún pariente? —inquirió su interlocutora.

—No, no, del teatro. El empresario que contrató la última obra que está representando. Yo no le conocía personalmente, pero parecía una buena persona.

—David está ahora en el «Alba», ¿verdad?

—Sí, con esa obra de Edmond Fox, el inglés.

—¡Ah, sí! «Mi adorable diablo», ¿no? —dijo Margarita, riendo alegremente—. Creo que es divertidísima.

—Sí, ha tenido muy buenas críticas, pero… no se… Me gustaría que David no hubiera aceptado el papel principal de la obra.

—¿Por qué? Bueno, no estoy muy enterada de estos asuntos, pero supongo que será una magnífica oportunidad para que todos reconozcan su categoría como actor, ¿no?

—Sí, sí, todo eso es cierto, pero… no sé, nunca me han gustado las obras que tratan este tipo de temas, aunque sea de una manera cómica. El diablo, la brujería, las artes ocultas y todas esas cosas me asustan.

—¡No creerás en esas tonterías…!

—No sé cómo decirte… En realidad, sabemos tan poco de todo… Aparte de eso, nunca es bueno entrar en las cosas que desconocemos, y menos aún cuando se refieren al demonio o a las fuerzas del mal. Luego pueden sucederte cosas…

—¿Qué tipo de cosas? —dijo Margarita, recobrando interés por el asunto.

—Mira, hay algo de lo que nunca he hablado con nadie, pero como ahora se ha producido la muerte de Cobos.

—¿Cobos? ¿Te refieres al empresario?

—Sí. Se llamaba León Cobos. Pues bien, la obra que ahora está interpretando David, comenzó a representarse hace dos semanas. Desde un principio comenté con David mi preocupación porque tomara parte en una obra que ridiculizara al diablo, pero como de costumbre, se rió de mí.

Hace una semana, sin embargo, sucedió algo extraño. Al regresar cierta noche a casa después de la representación, me dijo, riendo, que alguien pensaba como yo pues aquella noche se había presentado un individuo en el teatro para hablar con el empresario y, una vez en su presencia, le rogó que dejara de representar la obra. Cobos se negó a ello y aquel hombre —dijo llamarse Teufel— le amenazó con sufrir graves calamidades si persistía en su propósito. El empresario no quiso escucharle más, pero David aún le oyó decir que todos los que estaban involucrados en esa obra conocerían el poder de las fuerzas del mal. Dos días más tarde Cobos enfermó, y ahora ha muerto… y los médicos no han sabido encontrar la causa de su mal.

—Todo eso no son más que imaginaciones, Luisa. Sin duda, esa anécdota y la muerte del empresario no tienen relación alguna entre sí. Siempre que lo deseemos, podemos encontrar algún tipo de vínculo que unan los actos que se desarrollan a nuestro alrededor, pero no debemos dejar volar nuestra imaginación hasta esos límites. ¿No es ese Cobos el mismo que sufrió un infarto hace dos años y que por eso motivo estuvo cerrado el teatro «Alba» casi un mes?

—Sí, pero…

—Ahora recuerdo que ese empresario tenía ya muchos años y a esas edades… es posible que los médicos no hayan querido explicar la causa de la muerte por algún motivo que desconocemos, pero de ahí a imaginar que las maldiciones de una persona puedan haber acabado con su vida…

Se produjo un incómodo silencio entre ambas mujeres, y Margarita se incorporó.

—En fin, tengo que marcharme ya.

—Siento que te vayas. Nos vemos tan poco…

—¡A ver si os animáis a venir un fin de semana con nosotros…! Te gustará la casa, ya lo verás… ¡Y ya sabes cómo se lo pasan Juan y David cuando están juntos…! Bueno, da un beso a los niños de mi parte y despídeme de tu marido…

Después de llevar a la cocina los refrescos que había tomado con su amiga, Luisa entró en la habitación de los niños y besó sus frentes. Luego, antes de cerrar la puerta de la habitación, permaneció unos instantes observando la paz que denotaban aquellos cuerpos dormidos. La llave de la puerta y el alegre caminar del perro le impidieron continuar con su confiada actividad y se dirigió al salón.

—Perdona mi brusquedad de antes —dijo David, mientras se preparaba una bebida—. Es que ha sido una tarde…

—Lo comprendo —replicó Luisa, besando a quien amaba—. ¿Estás bien?

David afirmó con la cabeza y se sentó en su sillón favorito. Mientras el hombre ojeaba unos papeles, Luisa fue de un lado a otro de la estancia. Finalmente, David depositó los documentos sobre la mesa.

—¿Qué sucede? —dijo, mirando a su mujer.

—Nada.

Se produjo un breve silencio y, luego, la mujer dijo.

—He estado pensando en lo de la obra, y…

—Ya hemos hablado sobre eso —dijo David resueltamente, y volvió a tomar los papeles.

—¡No necesitas seguir con la obra! Puedes elegir cualquiera de las otras dos que te han ofrecido.
—Son peores. Además, la crítica ha elogiado «Mi adorable diablo» y el público se divierte con esta obra. Aparte de eso, debemos cumplir el contrato que tenemos vigente.
—Me da miedo que sigas con esa interpretación David. No es bueno burlarse de ciertas cosas.
—¡Ya está bien, Luisa! —dijo David, incorporándose—. Vengo de enterrar a un buen amigo y cuando llego a casa no escucho más que … Mira, si no hicieras caso de tantas supersticiones, todo iría mucho mejor.
—Cobos tampoco hizo caso de ellas y ahora…
—¡No quiero seguir hablando del tema! Perdona, pero estoy muy cansado… Por cierto, ¿están acostados los niños?
Luisa afirmó con la cabeza y, mientras su marido entraba en la habitación de sus hijos, comenzó a ordenar los papeles que David había olvidado encima de la mesa.
Al día siguiente, y como venía siendo habitual en el transcurso de las últimas semanas, el «Alba» registró una magnífica entrada y el público aplaudió entusiásticamente la obra. Al final de la representación, algunas personas acudieron a solicitar autógrafos de los principales protagonistas, y David Y Eva acudieron a la petición de sus admiradores. David estaba firmando el último de ellos cuando vio acercarse a un hombre a quien recordaba vagamente. El sujeto en cuestión se aproximó al actor esbozando una sonrisa.
—¿Don David Conde? —dijo lentamente.
—Si… —replicó el aludido—. ¿Desea algo?
—Hablar unos instantes con usted, si me lo permite.
—Creo recordar haberle visto en alguna otra ocasión. Perdone, pero soy muy mal fisonomista. ¿Quizá ha
asistido anteriormente a la representación de esta obra?
—Así es, y estuve hablando con usted. Mejor dicho, dialogué brevemente con el señor Cobos, pero pienso que
usted escuchó parte de nuestra conversación. Mi nombre es Darío Teufel.
La sonrisa se borró del rostro de David al escuchar aquel nombre, y prestó atención a su interlocutor. Sí, aquel era el hombre que amenazara tiempo atrás a su fallecido amigo.
—¿Qué desea?
—No quisiera que malinterpretara mis palabras señor Conde, pero debo repetirle lo mismo que le dije en aquella oportunidad al señor Cobos.
—Le agradecería que no mencionara siquiera su nombre, ya que me parece que las relaciones entre ustedes dos no eran muy cordiales. Por otra parte, y como usted mismo dice, escuché parte de la conversación que ambos sostuvieron y he de decirle que hago propias las respuestas que le ofreció mi amigo.
—No hace bien adoptando esa postura.
—No admito amenazas de nadie. Y, ahora, si me lo permite…
—No es mi intención robarle su valioso tiempo, pero debería escucharme.
—¿Por qué?

—¿Es posible, señor Conde, que aún no lo haya entendido? —dijo Darío Teufel confiriendo a su vos una modulación enigmática—. ¿Qué hace falta demostrar para que ustedes comprendan? ¿No les basta con una señal?
—No entiendo nada de lo que dice.
—Mejor debería decir que prefiere no entenderlo. Mire, es absolutamente imprescindible que cese la representación de esta obra. No se puede permitir que una simple pieza de teatro ponga en entredicho ciertas cosas de suma importancia.
—¿No le gusta que se ridiculice al diablo? —dijo David con sarcasmo—. Todo el mundo sabe que eso del demonio es una pura patraña, y si la gente se divierto viendo este tipo de cosas tiene derecho a disfrutar de ellas. Es más: yo también me divierto interpretando mi papel. ¿No le parece que encaro perfectamente a ese estúpido y estereotipado ser?
—¡Cállese! —gritó el hombre, que parecía haber perdido el control de sus nervios tras las últimas palabras del actor—. Jamás debería haber dicho eso, señor Conde, pero no estoy aquí para decirle el castigo que puede pesar sobre usted por tal acción, sino para advertirle de los peligros que todos ustedes correrán si continúan con la representación de esta infame obra. El señor Cobos fue el primero que se opuso a…
—¿Sucede algo, David…?
La aterciopelada voz obligó a Teufel a detener su torrente dialéctico y ambos dirigieron la mirada a la joven que acababa de llegar hasta ellos. Aún vestía el desenfadado atuendo que lucía en la representación y su serena belleza alivió la tensión que se adivinaba entre los dos hombres. David saludó a al actriz con una sonrisa.
—No, nada. Que a este amigo no le ha gustado la representación.
—Lo siento —dijo ella, sonriendo al desconocido.
—¿Señorita Eva…? —dijo Teufel, mirándola con un extraño brillo en los ojos—. Permítame decir que la admiración que siento hacia usted es una de las causas que me han impulsado a venir hasta aquí para advertir al señor Conde de los peligros que…
—De los peligros que correremos si seguimos mucho tiempo aquí en lugar de encerrarnos en nuestros camerinos —le interrumpió David, riendo—. Si nos disculpa…
Cuando ambos le dieron la espalda, Teufel volvió a hablar.
—¡Recuérdelo! Acabe con esto cuanto antes o conocerá el poder de las fuerzas del mal. Recuérdelo…
La rutinaria existencia que enmarcó la vida de David durante los siguientes días le ayudaron a olvidar el penoso incidente de aquella noche, y el cotidiano apoyo popular a «Mi adorable diablo» le hicieron concebir esperanzas acerca de su prometedor futuro en el campo profesional. Los únicos problemas que le agobiaron durante aquellos días fueron los referentes a sus relaciones con Luisa, ya que ésta había acogida con profundo desagrado el hecho de que David se hubiera convertido en el propio empresario de su compañía y que, como tal, hubiera concertado con el teatro «Alba» la prórroga de la representación de la obra por seis meses. Fue al día siguiente de la firma de dicho documento cuando, tras la representación, el gerente de la compañía le llamó con la mayor urgencia, pues su mujer estaba al teléfono con noticias graves. David no pudo reaccionar cuando escuchó aquellas

palabras: su hijo mayor, Oscar, había sufrido un terrible accidente.

Nadie supo explicar con exactitud lo sucedido. Al parecer, cuando los dos niños regresaban juntos del Colegio y, a consecuencia de una terrible tormenta las cornisas de algunas casas habían sido destrozadas por el viento y una de ellas había caído a la calle, hiriendo mortalmente al chico. Afortunadamente, Ramón, el pequeño, había salido ileso del accidente, pero Oscar, aunque había sido trasladado urgentemente a un Hospital, falleció sobre la mesa de operaciones.

El entierro tuvo lugar al día siguiente y, puesto que la obra de teatro funcionaba magníficamente, se decidió suspender la representación durante dos días.

A la salida de la iglesia donde se celebró el funeral por el eterno descanso del alma del pequeño, alguien comentó a David la extraña desaparición de Edmond Fox, el autor de «Mi adorable diablo», que tenía conmocionada la opinión pública inglesa, ya que se trataba del dramaturgo de moda. Al llegar a su casa, David ojeó los diarios en los que se hablaba de tal hecho significando el extraño comportamiento del autor las últimas semanas. David leyó distraídamente el resto de las noticias y, de pronto, algo llamó su atención. El diario resaltaba la caótica situación del sector agrario, ya que en el último mes la sequía había sido total, pues no se había registrado ni una sola precipitación en todo el país. David acudió a los periódicos de los dos últimos días, que señalaban el calor que padecía la capital durante las últimas fechas. ¿Aquella tormenta, entonces…?

A la mañana siguiente prosiguió con sus averiguaciones y pudo saber que el día de la muerte de Oscar había discurrido totalmente despejado, pero que en el centro de la ciudad se había desatado durante veinte minutos una gran precipitación de agua seguida de abundante aparato eléctrico y de vientos huracanados, sin que existiera una explicación científica que señalara las causas de tal hecho. Aquel suceso había ocurrido exactamente cuando Oscar y Ramón pasaban por aquella zona… y también coincidía con la última media hora de la representación de «Mi adorable diablo», en aquella escena donde más se ridiculizaba la acción de Satanás.

La fría reacción del público ante la representación que tuvo lugar diez días después del trágico accidente, no extrañó a David, pues la actuación de Eva estuvo muy por debajo de sus posibilidades. Pensando que algo sucedía a su compañera, David quiso intercambiar unas palabras con ella al término de la función, pero la actriz se refugió en seguida en su camerino y no pudo conseguir su propósito. No obstante, le extrañaba el comportamiento de la joven. Parecía que no había puesto sentimiento en la obra, y aquella ausencia emocional la había apercibido el buen público que había abarrotado una vez más el teatro. Cuando David se dirigía a cambiarse creyó ver —quizá fue sólo una ilusión óptica, pues la figura se perdió enseguida entre el público— al hombre que algún tiempo atrás le amenazara. No obstante, cuando David abandonaba el «Alba» y se disponía a subir a su coche, vio de nuevo al mismo hombre que, apoyado en un automóvil, vigilaba la salida de los actores. Movido por la curiosidad, esperó el desarrollo de los acontecimientos desde el interior del vehículo.

Minutos más tarde, la frágil y agraciada silueta de Eva cruzó ante él y, aunque éste la saludó con la mano, su compañera continuó su camino con pasos de autómata. Poco después, Darío Teufel hizo un gesto con la mano y Eva acudió junto a él. A continuación, ambos entraron en el coche de este último.

Sabiendo que algo raro estaba sucediendo, siguió al vehículo sospechoso y pronto se alejaron de la ciudad. Las preguntas sin respuesta se amontonaban en la mente de David, pero sabía que aquel extraño comportamiento de Eva estaba relacionada con su bajo nivel interpretativo durante el desarrollo de la obra. No era desdeñable la idea de que hubiera acudido al teatro bajo algún tipo de coacción o de estímulos externos a ella misma, y por el cerebro del actor pasó por un momento la palabra hipnosis. Pero, ¿quién podría haberlo realizado y con qué motivo?

Calculó que se habrían alejado unos treinta kilómetros de la capital cuando el automóvil que le precedía tomó un camino vecinal por el que continuó por espacio de veinte minutos. Finalmente, distinguió ante él una casa de dos pisos y, viendo que se dirigían a ella, extremó las precauciones para no ser descubierto.

Hacía rato que las sombras cubrían el terreno, pero pudo ver que dos hombres encapuchados salían de la casa de campo y saludaban ceremoniosamente a Darío Teufel. A continuación, todos entraron en la mansión, donde sólo brillaba una tenue luz en la segunda planta.

David tardó más de media hora en inspeccionar el terreno y encontrar el punto adecuado por el que observar sin ser visto. Cuando lo hubo conseguido, se acercó a una de las ventanas del piso donde también habían encendido una débil luz y miró a través de ella. Lo que vio no le hizo concebir temor alguna, e incluso maldijo su estupidez por querer descubrir cosas extrañas donde sólo había claridad: sentados en el suelo, varios niños —cuatro— se entretenían jugando con diversos utensilios. Uno de ellos —parecía el mayor y tendrían alrededor de diez años— se acercó a una repisa y llevó hasta el grupo un fanal en donde había un sapo, y todos observaron las torpes evoluciones del animal. David imaginó que a continuación, y presumiendo la natural crueldad infantil, se dedicarían a hacer sufrir al animal hasta matarlo pero, en lugar de ello, lo extrajeron del fanal y permanecieron unos instantes mirándolo con curiosidad. El animal no se movió, aunque pareció observarlos con curiosidad de uno en uno. Luego, los chicos depositaron ante él una escudilla con comida y continuaron observando al obseso animal —era evidente que le proporcionaban toda clase de atenciones— mientras este consumía el contenido. Cuando retiraron el cuenco vacío —y aquello le extrañó más— tomaron al verdusco animal en las manos y, uno tras otro, besaron el cuerpo del batracio. De pronto, una puerta se abrió y apareció ante ellos un hombre encapuchado que les hizo una señal con la mano. Los niños se levantaron y, depositando al sapo en su fanal, abandonaron la estancia.

David se alejó prudentemente de la casa y esperó hasta que otras luces se encendieron. Desgraciadamente, todas eran del piso superior y consideraba descartable la idea de trepar hasta aquellas habitaciones. No obstante, sabía que Eva estaba en la mansión y estaba decidido a

encontrar su paradero. Así, se acercó de nuevo a la casa y pudo localizar una ventana entreabierta por la que penetró en la vivienda.

Lo primero que sintió fue un fuerte olor a azufre que dañó su olfato. No dio a este hecho demasiada importancia y buscó la manera de llegar hasta los pisos superiores. No encontró a nadie en su recorrido y eso le permitió actuar más confiadamente. Subió con sumas precauciones una escalera y luego se ocultó tras unos cortinajes existentes en el corredor superior. Poco después, escuchó pasos por el mismo y vio a dos encapuchados que se dirigían a una habitación. Alguien abrió desde dentro y poco después, ambos escoltaron a una mujer —Eva— a lo largo del pasillo.

David quiso intervenir, pero la prudencia le señalaba la no conveniencia de hacerlo en aquel momento. Eva parecía encontrarse bien —aunque continuaba actuando como si se encontrara en un estado hipnótico— y él deseaba conocer el significado de aquel fantasmagórico mundo.

No tuvo dificultad en encontrar la habitación en la que habían entrado pero, comprendiendo el peligro que representaba apostarse ante la puerta y observar los hechos que se desarrollasen en su interior, optó por hacerlo desde la ventana. Así, salió a la terraza que circundaba la planta y llegó hasta el ventanal de un gran salón en el cual se encontraban reunidos los habitantes de la mansión. La sala se hallaba iluminada por varios velones, cirios y tulipas y en el centro de la misma se encontraba dispuesta una gran mesa de mármol circular que recordaba el altar de los sacrificios donde los sacerdotes de pretéritas civilizaciones ofrecían a sus divinidades víctimas humanas. Seis o siete encapuchados rodeaban la mesa y, junto a otros dos hombres despojaban en aquellos instantes a Eva de la túnica que cubría su cuerpo. Presidiendo la estancia, una gigantesca imagen esculpida en madera de un macho cabrío que pisaba una cruz con la imagen obscenamente representada de un crucificado, era adorada por otras tres figuras antropomorfas con cabezas de sapo y, junto a ellas, diversas representaciones de zorras, cerdos, gatos, lobos y otras alimañas le rendían tributo. Bajo aquella gran escultura, dos hombres con los rostros descubiertos —David reconoció a Teufel en uno de ellos— observaban la escena… y, en un rincón, los cuatro niños que anteriormente viera en el piso inferior, se entregaban desnudos a vicios lascivos entre ellos, supervisados por un encapuchado que portaba en sus manos un látigo de punta.

Una vez desnuda, los encapuchados secaron los ungüentos con los que habían bañado el joven cuerpo en la habitación anterior y luego tumbaron a Eva en el arca de los sacrificios sujetando los brazos y piernas, abiertos en cruz, a unas argollas que se encontraban adosadas a la superficie de mármol. Aunque David procuraba escuchar con atención, hasta sus oídos no llegaba sino el rumor de una salmodia entonada por un coro de gargantas, pero de un significado totalmente desconocido para él. En un momento determinado, los sonidos cesaron y todos se volvieron hacia la imagen del macho cabrío y, en señal de sumisión, se arrodillaron. La puerta de la estancia volvió a abrirse en aquellos momentos y entraron otros dos encapuchados empujando una pequeña mesa donde había un bulto cubierto con mantas.

El hombre que se hallaba directamente bajo la imagen del macho cabrío

—David sabía que así representaban sus adoradores a Luzbel o Belcebú — alzó las manos en dirección a la figura y su compañero —Teufel— comenzó a quitarle las ropas. Cuando quedó completamente desnudo —David vio unas profundas marcas sobre sus hombros, como si las garras de un fiera hubieran hecho presa en los mismos— besó la imagen fea, deforme y de ojos hundidos o negros que tenía ante él —comenzando por los pies y llegando hasta los labios— y, luego, volviéndose hacia los reunidos, dijo algunas palabras mientras uno de sus seguidores le ofrecía un brebaje. Cuando lo consumió —la pócima fue pasando posteriormente de uno a otro por todos los reunidos— alguien llevó los niños ante el sumo adorador, mientras otros disponían algunos sapos vivos junto a ellos. Luego tendieron a los tiernos infantes en el suelo y, mientras el sacerdote satánico los sodomizaba, éstos, emitiendo leves gemidos y con los rostros transfigurados, rozaban con sus lenguas la repugnante piel del animal. Mientras tanto, y elevándose en el aire de tal manera que David fue capaz de escucharlo, el resto de los conjurados interpretaron unos cánticos que parecían provenir del centro de la Tierra.

Cuando aquellos y otros hechos contra natura que los siguieron cesaron, el principal siervo adorador de Satán volvió a cubrirse con un hábito y todos los reunidos se dispusieron en torno a la mesa donde estaba tendida Eva. El túmulo se encontraba instalado sobre una plataforma y por eso David no alcanzaba a ver el rostro de su amiga, sino únicamente el costado de la misma. Sin embargo, observó con claridad que el jefe de los reunidos se inclinaba sobre ella y, recitado algo, pasaba repetidamente las manos sobre el suave cuerpo de la actriz. Luego, Teufel le entregó un cuchillo extremadamente afilado.

David sabía lo que iba a suceder y su voluntad le animó a intervenir para evitar el crimen, pero el miedo paralizó sus movimientos. Aterrorizado, presenció el desarrollo de los acontecimientos que tenían lugar ante él. El sumo sacerdote apoyó la daga en el pecho de la joven y rasgó limpiamente la piel en dirección al vientre. Sin embargo, el cuerpo de Eva no se estremeció a consecuencia del cruel suplicio. La carnicería continuó y pronto otros dos regueros de sangre marcaron el cuerpo de la víctima y el líquido comenzó a resbalar por los costados de Eva, manchando la límpida superficie marmórea y encharcando el sucio entarimado de madera. Finalmente, el verdugo elevó sus ensangrentadas manos hacia la imagen del macho cabrío y, alzando la voz en una suprema invocación, tomó el puñal con ambas manos y la hundió con fuerza en el corazón de Eva. El cuerpo se arqueó tras sufrir el impacto, pero casi inmediatamente después los músculos se relajaron y el cadáver se desplomó inerte sobre la mesa.

David estaba tan absorto contemplando todo aquello que no notó la presencia de dos sombras que, de pronto, se abalanzaron sobre él, inmovilizándolo. Se sintió arrastrado a través de dos habitaciones y, luego, la puerta de la sala donde se encontraban conjurados se abrió ante él. El sumo sacerdote fijó su escrutadora mirada en los ojos de David.

—Bienvenido a nuestra reunión —dijo, con un tono metálico en su voz—. Usted se ha burlado del poder del mal, pero ahora comenzará a comprobar la verdadera fuerza de nuestro amo Satán.

Mientras los dos hombres continuaban sujetándole, otro llevó hasta el

prisionero el elixir que los conjurados habían consumido anteriormente y le obligaron a beberlo. Luego los cánticos se reanudaron y el sacerdote demoníaco continuó su representación auxiliado por Teufel y el coro de sus seguidores. David Conde vio el rostro desencajado de Eva y experimentó una gran indignación al observar las mutilaciones que se habían obrado en aquel bello cuerpo. Sin embargo, los hechos que se desarrollaban ante él absorbieron toda su atención.

Se repitieron escenas parecidas a las que ya había visto a través de la ventana y comenzó a notar un malestar producido, sin duda, por el líquido que había bebido. De pronto, Teufel se acercó al prisionero y le susurró al oído.

—Se lo advertí... Ahora tendrá que comprobar el precio que hay que pagar cuando se nos desafía.

Unos encapuchados empujaron la mesa cubierta con mantas hasta el sacerdote principal —que nuevamente se encontraba desnudo y armado con el cuchillo de los sacrificios— y esperaron las órdenes de este. En el exterior pareció desatarse en aquellos momentos una tormenta pues los sonidos producidos por los truenos ahogaron los cánticos que inundaban la estancia. A pesar del intenso olor a azufre que afectara al olfato de David desde que entrara en la casa, ahora notaba otro olor aún más desagradable procedente de aquella mesa. Era un hedor insoportable, nauseabundo, como el ocasionado por productos en descomposición. El adorador de Satán hizo un gesto y los encapuchados retiraron las mantas. Al descubrir lo que ocultaban, el actor no pudo evitar un grito de terror. Sobre la mesa, desnudo, con los ojos perdidos en sus órbitas, y con la piel apergaminada y de color terroso, se encontraba el cadáver de Oscar, su hijo. Los guardianes sujetaron firmemente al prisionero, que observó cómo el maquiavélico oficiante se aceraba al niño y hundía repetidamente y con frenesí el cuchillo en el vientre.

Nadie pareció notar el hedor que desprendían aquellas putrefactas entrañas, y el ejecutor de la carnicería introdujo sus manos en el vientre y, extrayendo los intestinos y las vísceras, elevó la repugnante masa en dirección al ídolo al que adoraba. Luego se llevó las manos al pecho y al resto del cuerpo se embadurnó con aquella verdosa mezcolanza de líquidos y carne descompuesta.

David sintió náuseas y alguien le obligó a beber de nuevo el contenido de otro recipiente. Una pesadez infinita atenazó su mente pero, antes de perder el conocimiento, vio como Teufel y el resto de los encapuchados se despojaban de sus hábitos y, accediendo a la autorización del sumo sacerdote, se embadurnaban también el cuerpo con las vísceras del cadáver ofreciéndoselas, anteriormente, a la imagen del macho cabrío.

David dio un alarido y abrió desmesuradamente los ojos. A su lado, Luisa le miraba con una expresión de angustia dibujada en su rostro.

—¡Vaya manera de despertarte! —dijo la mujer.

David vio que se encontraba sentado en la cama y que tenía todo el cuerpo bañado en sudor. La luz que entraba por la ventana inundaba la habitación. Aunque la cabeza le dolía terriblemente, siguió las evoluciones de Luisa, que estaba introduciendo algunos vestidos en el armario.

—¿Qué ha pasado? —acertó a decir finalmente el actor.
—Nada —replicó agriamente su mujer.
—¿Qué hora es?
—Muy tarde. Ya tengo preparada la comida. Por cierto, ha llamado alguien del teatro, pero como no había manera de despertarte... al parecer, tu amigo del teatro se ha recuperado antes que tú.
—¿De qué hablas?
—De anoche —dijo, molesta—. ¿Crees que soy tonta? Llegaste casi al amanecer y, aunque entraste sin hacer mucho ruido, noté que traías una borrachera. No es que me importe demasiado que te vayas con los amigos después de la función de noche, pero por lo menos podías avisar para que estuviera tranquila. Por cierto, ¿os peleasteis en alguna parte con alguien? Te lo digo porque tienes los hombros llenos de arañazos. Ya puedes tener cuidado, porque si te quedan las señales...
Mientras su mujer hablaba, las imágenes fueron amontonándose en el cerebro de David. De pronto, la lucidez volvió a su mente y saltó del lecho.
—¡Pronto, Luisa, tienes que hacer las maletas!
—¿Qué dices?
—¡Ramón y tú tenéis que marcharon inmediatamente de la ciudad! —dijo, mientras entraba en la ducha y el chorro de agua fría despejaba su mente—. Debéis salir ahora mismo.
—Pero...
—No discutas. Te lo explicaré todo más adelante. Podéis iros con Margarita y Juan. Ayer me encontré con Juan y me dijo que se irían hoy al chalet y que pensaban estar allí toda la semana que viene. No les importará que los acompañéis.
Regresó a la habitación secándose con la toalla y comenzó a vestirse. Luisa le miraba sorprendida. De pronto, David dijo:
—¡Ramón! ¿Dónde está Ramón? ¿No ha vuelto todavía del Colegio?
—Sí, hombre, sí, tranquilízate. Está paseando al perro por el parque. Pero, ¿se puede saber...?
—¿Por el parque? —dijo a su vez David, asustado.
—Sí, claro, como siempre. Pero...
Antes de que pudiera concluir la pregunta, su marido echó a correr hacia la puerta de la vivienda. Su carrera no se detuvo mientras descendía las escaleras que conducían a la calle ni a lo largo del pequeño trayecto que separaba su domicilio del cuidado y recoleto parque que constituía la única mancha vegetal de que disponía el superpoblado barrio. Como conocía el lugar donde solían llevar al perro, no detuvo su alocada marcha para orientarse. Y entonces, cuando descubrió a lo lejos las siluetas de su hijo y de la fiel mascota, se sobresaltó. Un hombre conversaba amigablemente con su hijo ante la indiferente mirada del perro. David lanzó un grito de advertencia y corrió haca ellos, pero cuando llegó junto a Ramón, el hombre ya había desaparecido. El niño saludó alegremente a su progenitor y el perro acudió a lamerle las manos.

—¿Qué quería? —Pudo articular David cuando tomó aliento.
—Sólo preguntaba por una calle... —dudó el niño.
—¿No te ha hecho nada?

—No...
David procuró recuperar la respiración normal y volvió a mirar en todas direcciones.
—¿No te hemos dicho mil veces que no hables con desconocidos? —dijo al cabo de un rato.
Su hijo bajó la cabeza en señal de arrepentimiento, y David acarició al muchacho.
—Anda, vamos a casa. Mamá y tú vais a iros unos días al campo.
Aunque Luisa no entendió las explicaciones de su marido, accedió a marcharse con margarita, quien se mostró muy satisfecha al saber que su más querida amiga había accedido por fin a aceptar la invitación que tantas veces le había formulado. Los preparativos para la marcha impidieron que David acudiera aquella noche al teatro —su papel fue interpretado por un suplente y el de Eva por otra actriz— y, cuando ya estaba entrada la noche, abandonó la ciudad por el mismo camino que tomara la noche anterior. Tuvo cierta dificultad en orientarse, pero pudo encontrar el asa. Detuvo el automóvil cerca de la mansión — no había visto ni una sola luz encendida en la misma— y, aproximándose al edificio, buscó alguna ventana mal cerrada que le facilitara el acceso al demoníaco lugar.
Ante su sorpresa, no fue ventana alguna, sin la puerta principal la que se abrió sin el menor esfuerzo. El silencio que reinaba en la casa era total y el olor a azufre, aunque aún no había desaparecido completamente, no enrarecía el ambiente hasta el extremo de la noche anterior. Se dirigió lentamente hacia la escalera que se vislumbraba al fondo del corredor y, de pronto, la luz iluminó la mansión, mientras una voz resonaba tras él.
—Bienvenido de nuevo, señor Conde.
David giró sobre sí mismo y vio a Teufel que, apoyado en la puerta, le miraba sonriendo. Junto a él había dos encapuchados y el actor vio que en aquel instante otros dos individuos comenzaban a bajar por las escaleras.
El adorador de Satán hizo un gesto y sus dos compañeros avanzaron sobre el intruso. Sin embargo, éste reaccionó rápidamente y, extrayendo de alguna parte dos crucifijos, los alzó sobre los atacantes, que detuvieron sus pasos.
—¡Atrás! —gritó David asiendo un crucifijo con cada una de sus manos—. ¡en nombre de Dios y de Nuestro Señor Jesucristo, atrás! ¡Retroceded!
Los dos encapuchados dieron unos vacilantes pasos hacia atrás y luego cayeron al suelo, ocultando con las manos sus propios rostros, que habían quedado al descubierto al perder la protección de las capuchas. En sus rostros se dibujaba el terror, y sus labios se movían temblorosos ante la presencia de las cruces. David lanzó una rápida mirada hacia las escaleras y vio que los siniestros personajes que bajaban a su encuentro se habían detenido y presenciaban con cierta inquietud la escena que tenía lugar ante ellos. Entonces, David vio que Darío Teufel no había reaccionado como sus seguidores, sin que continuaba apoyado en la puerta de entrada a la mansión. El actor, viendo controlada la situación, e acercó a él protegiéndose con los crucifijos. Sin embargo, contrariamente a lo que esperaba, Teufel no se doblegó ante el poder de aquellos símbolos, sino que lanzó una carcajada.

—¿Crees que esos maderos tienes más poder que mi amo Satán? —dijo, enfrentándose a David—. ¿Todavía no conoces nuestro poder? ¿Eres tan estúpido que continúas desafiando los poderes de las fuerzas del mal?

—¡Atrás! —gritó David, aferrando sus manos a las cruces.

—¡No! Esos maderos con los que me amenazas han conseguido amedrentar a esos infelices porque aún están iniciándose en nuestro culto y mi amo Satán aún no les ha transmitido su poder. Pero no te valdrán contra mí, como tampoco obrarían sobre nuestro sumo sacerdote, a quien tuviste la dicha de conocer ayer. Y ahora... ¡en nombre de Satán, te ordeno...!

David, presa del miedo y queriendo evitar la maldición que Teufel iba a lanzar contra él, se abalanzó sobre su enemigo y ambos cayeron al suelo. Antes de que Teufel pudiera recuperarse, David le golpeó con uno del os crucifijos e inmediatamente se protegían con ellos, ya que los seguidores de Teufel se acercaron a él. Alzando los crucifijos sobre su cabeza, consiguió mantener a raya a los atacantes y, cuando alcanzó la puerta, corrió a su automóvil. Minutos más tarde, la imprecisa silueta de la mansión tímidamente iluminada por la Luna desaparecía de su vista.

No se dirigió a la ciudad sino que tomó una autopista y condujo por un período de tiempo superior a dos horas. Luego se internó por algunas carreteras comarcales y eran cerca de las cuatro de la madrugada cuando detuvo su automóvil en las afueras de un pueblo perdido en la sierra. Tomando grandes precauciones, se encaminó a l mismo y, al cabo de dos horas, volvió a entrar en el vehículo portando un objeto de medianas dimensiones. Al amanecer llegó a su casa y se acostó, ocultando aquel objeto bajo la almohada.

El cansancio le hizo dormir hasta primeras horas de la tarde. Luego habló por teléfono con su mujer y con Ramón y, mientras esperaba el momento oportuno para dirigirse al teatro, se entretuvo escuchando la radio. Cuando oyó las declaraciones del pobre párroco rural tuvo deseos de devolver lo que había robado, pero pronto se dijo a sí mismo que la misión que tenía que cumplir era demasiado importante para andarse con sensiblerías.

Aunque la ausencia de Eva y las esporádicas sustituciones de David Conde por otro actor se reflejaban en la disminución de la recaudación, la taquilla registró una buena entrada aquella noche. Antes de comenzar la representación David escondió en el escenario, entre el mobiliario que formaba parte de los decorados, el objeto que le acompañara constantemente desde la noche anterior. También depositó en un ángulo del escenario varios crucifijos que no habían sido utilizados en anteriores representaciones. El público acogió con desenfado las primeras escenas de la obra y cuando el telón cayó otorgando un breve descanso a los espectadores y actores, las carcajadas ya habían llenado el recinto. «Mi adorable diablo» seguía haciendo las delicias de todos.

Algunos de los espectadores que habían asistido a las anteriores representaciones de aquella misma obra notaron algo extraño cuando comenzó la segunda parte. En efecto, parecía que el actor principal estaba improvisando demasiado. Además, los decorados eran diferentes que en anteriores sesiones y aquellas cruces depositadas en las sillas o

tiradas por suelo...
El tono que comenzó a emplear David se volvió altisonante y agresivo. Sus palabras parecían haber perdido el fino humor e ironía de que había hecho gala hasta el momento, y se estaban transformando en frases duras, amenazadoras, retadoras. La comedia parecía haberse metamorfoseado en tragedia y el protagonista, con el rostro transfigurado, insultaba y retaba a Satanás a demostrar su poder ante aquel hombre que se autoconfesaba servidor y adorador de Cristo.
Como si la Naturaleza quisiera tomar parte activa en la representación, varios truenos sordos y consecutivos atormentaron el recinto y los escalofríos recorrieron los cuerpos de algunos de los asistentes a pesar de que el hecho del «Alba» les protegía de la tormenta que acababa de desencadenarse sobre la ciudad.
Pero, ¿qué decía aquel hombre? ¿Qué gritaba el actor? Sin duda, muchos pensaron que David Conde estaba siendo víctima de algún extraño fenómeno cuando, dirigiéndose a la tormenta, retó a Satanás a demostrar su «menguado, flaco, tímido, débil e inútil» poder de una manera más fehaciente que aquella. Y, como riera ante el estampido de un nuevo trueno que ensordeció al público hasta el punto de hacer incorporarse en sus asientos a los más inquietos, pareció que el desafiado obligó al firmamento a estremecerse de nuevo. De pronto, las luces de los focos que iluminaban el escenario vacilaron, pero David Conde, tomando un crucifijo, se dirigió al inquieto público indicando que el causante de tanto sobresalto jamás podría apagar la luz que en aquellos momentos él sostenía en sus manos.
Posiblemente, la tormenta amainó y por esa causa la luz volvió a llegar con normalidad, pero los espectadores ya estaban demasiado inquietos y eran pocos los que continuaban en sus asientos esperando el desenlace de aquella singular representación.
En ese momento, un hombre entró en escena seguido de otros dos, y se enfrentó a David. Este avanzó hacia los recién llegados armado con las cruces y, mientas los dos acompañantes caían al suelo emitiendo gemidos, se produjo un breve diálogo entre el actor principal y el desconocido visitante. Este último alzó también las manos al cielo y David, manteniendo la cruz sobre su rostro, comenzó a retroceder. El hombre que ahora amenazaba al intérprete de «Mi adorable diablo» comenzó a ejecutar violentos movimientos con los brazos y cada vez que los realizaba se escuchaban nuevos estampidos nítidamente diferenciados de los truenos. Aquellos aterrorizaron al público y, en el instante en que aquel hombre señaló un rincón del escenario y un haz de luz pareció brotar del mismo, se precipitaron hacia la salida.
Mientras tanto, David había retrocedido hasta el lugar donde se encontraba escondido el objeto que robara el día anterior y, mientras su enojado enemigo continuaba su labor destructora invocando a Satán, deshizo el envoltorio y alzó sobre su cabeza el botín conseguido. Teufel dio un grito de terror y cayó sobre el entarimado de madera. Ante él, firmemente sujeta por las manos de David, estaba la sagrada reliquia de la Espina, aquel fragmento de la corona que ciñeran los verdugos en torno a la frente del Salvador. Aquella reliquia, de la que se decía que poseía la sangre de Cristo, estaba instalada en el interior de un bello relicario d oro,

que en aquel momento David sostenían con ambas manos.

A pesar de los gritos de terror d los espectadores que se amontonaban en la puerta de salida y de las advertencias de los actores y encargados del teatro que luchaban contra las llamas que habían prendido en los tablones y en el techo del teatro, David continuó su tarea y arrodillándose, acercó lentamente el relicario en dirección a Teufel que, jadeando, no conseguía reunir las suficientes fuerzas para incorporarse y esperar. Tenía los ojos inyectado s en sangre, su boca estaba oculta por los espumarajos, y el terror y el odio que se advertía en su rostro ante la presencia de la sagrada Espina denunciaban la lucha que se estaba librando en el interior de aquel ser. Cuando el relicario estuvo a escasos centímetros del adorador de Satán, las venas de aquel hombre estallaron en sus sienes y un hilillo de sangre comenzó a brotar por las comisuras de sus labios Cuando el cuerpo quedó tendido en el suelo con la rigidez de la muerte, David vio que la pupila del ojo izquierdo de Teufel se había transformado, adquiriendo la forma y figura de un sapo. Para evitar que aquella presencia continuara perturbando más almas, se dispuso a cerrar los párpados inmóviles, pero en aquel momento parte de la techumbre del «Alba» se vino abajo y, antes de perder el conocimiento, David creyó que todo el universo se desplomaba sobre él.

Luisa regresó a la ciudad y permaneció junto a su marido los tres días en los que estuvo ingresado en el Hospital. Luego recogieron a Ramón y se marcharon a descansar durante un par de semanas a un tranquilo lugar de la costa. A su regreso, y reintegrado a la vida cotidiana, David se asoció con un afamado empresario y comenzó a estudiar una nueva obra en la que trabajaría como actor principal. Nunca se volvió a hablar de «Mi adorable diablo» ni del teatro «Alba», que había sido totalmente devorado por el incendio.

Al cabo de algún tiempo, David supo que en el transcurso de aquella tormentosa noche también se había incendiado una mansión situada a varios kilómetros de la ciudad... la vivienda donde él había estado prisionero. Sin embargo, sabía que aquella secta satánica continuaba existiendo y, aunque procuraba no comentar tales extremos con Luisa o con su círculo de amistades, albergaba la sospecha de que Teufel sólo había sido un elemento más de uno de los muchos grupos que, extendidos por todo el país —¿acaso por todo el mundo? — se humillaban ante las fuerzas del mal, y rendían culto y tributo a un ser con la esperanza de que en un futuro más o menos lejano reinaría sobre los hombres.